

Diva indiscutible

Víctor Pliego

DESDE hace unos años (¿o tal vez fue siempre?) se discute si los toros son o más o menos bravos que antaño, si el jamón ya no sabe igual, si el cine clásico de Hollywood de hace décadas ha sido superado o no, o si ya no hay grandes artistas como antes. En la lírica se recuerdan tiempos dorados en los que coincidieron voces legendarias. Las cosas son ahora un poco distintas: la ópera se ha abierto a públicos más amplios y no despierta tanta fascinación; el mercado domina y muchos artistas deben su fama a la publicidad antes que al talento. La oferta ha crecido, el sistema se ha complicado y es más difícil formar juicio. Pero sigue habiendo voces maravillosas, como la de Natalie Dessay, la soprano que descubrí en el Teatro Real de Madrid el pasado mes de marzo en un extraordinario recital. Es una cantante que lo tiene todo: voz, arte, musicalidad, presencia escénica y personalidad hechicera. Su actuación con la Orquesta del Teatro Real, bajo las órdenes del maestro López Cobos, fue triunfal. Interpretó un programa corto pero espectacular, compuesto por cuatro arias peliagudas de *Manon*, de *Hamlet*, de *Lucia di Lammermoor* y de *La Traviata*. Las ovaciones fueron premiadas con tres propinas que alargaron la velada. Los agudos de la Dessay son brillantes, cálidos, redondos, técnicamente impecables, sobrados para extasiar a la afición. Pero la Dessay, además de cantante, es una actriz consumada que se mete de lleno en sus torturados personajes, dando la impresión de que las palabras cantadas le salen directamente de las entrañas. Nos dejó conmovidos y sin aliento. Es, sin duda, una de las grandes voces del momento, digna sucesora de las mejores divas que la historia ha dado.